

LA COBRANZA

6

LA SEGUNDA PARTE

(que es, como siempre, la más lastimosa.)

El pobre Juanón el molinero ya se conformaba con perder la merienda opipara que le habían comido los estudiantes, porque no era amigo de meterse en aventuras ni de andar en cuestiones.

Pero su mujer no pensaba como él y se empeñaba en hacerle ir á la ciudad á verse con el tuerto y sus compañeros y cobrarles lo que les habían comido y bebido, para que no se estuvieran acaso riendo de la gracia.

Se resistía Juanón dando sus razones; pero Dionisia, que ya recordarán ustedes que así se llamaba la molinera, no se las atendía, le hurgaba de continuo y no le dejaba ni á sol ni á sombra.

—Aunque no fuera más que por la judiada que hicieron contigo—le decía,—de

taparte los ojos y escaparse en seguida los grandísimos bribones, dejándote solo en el portal con los ojos vendados... ¡Vaya!... Digo que si no vas y los buscas y les cobras los veinticinco reales, no tienes sangre en las venas.

—Es que no creas que eso es tan fácil como á tí te parece—la contestaba Juan;— que hay que mirar muchas cosas.

—No hay que mirar nada más que hacerles por buenas ó por malas pagar lo que deben... ¿O es que les tienes miedo?... Mira, Juan, no seas gallina...

—¡Qué disparates decís las mujeres cuando perdéis la chabeta! ¡Mira tú que llamarme á mi gallina, que gané dos cruces y maté más de quince moros en la guerra de Africa!... Lo que es siete los ví caer... ¡Gallina á mí que estuve en la acción del Serrallo, donde me acometieron tres morazos como tres castillos, y á los tres los eché á cenar con Mahoma! ¡Vamos, que decirme á mí que si tengo miedo á los estudiantes!... Si no fuera mirando...

—Pues entonces, ¿por qué no quieres ir á cobrarles la merienda?

—Porque, mira, de su bella gracia ya sé que no me han de pagar, y por veinticinco reales no quiero yo andar en justicia; no hemos de ser por eso más pobres ni más ricos.

—Sí; pero ten presente que para perdido nada es bueno... y además, me vienen bien esos veinticinco reales para comprarme una saya de todos los días, que ando hecha un estrapajo.

—Lo mismo has de pasar sin ella...

—Y aunque no fuera más que por la burla...

—La burla, otros acaso la harán otro día de ellos, y pata...

—¡Dios mío!... ¡Qué hombre! —decía con verdadera desesperación Dionisia.— ¡Cada vez que me acuerdo de que nos comieron un lomo tan tierno y unas truchas tan frescas y tan ricas!...

—Figúrate que lo comimos nosotros.

—¿Por qué me lo he de figurar, si no fué así?... ¡En verdad que no! que lo ahorramos para ellos, los mamones... Y sobre todo el curro, un curro tan hermoso que valía...

—Hazte cuenta que le llevó la zorra.

—No quiero hacerme esa cuenta, no... Lo que has de hacer tú es ir á cobrarle, antes hoy que mañana.

—Eso no tiene hechura, mujer. ¿Dónde voy yo á buscar ahora á los estudiantes?... Si casi no los conozco; y sin casi...: no los ví nunca más que aquel día...

—Por de pronto no dejarás de conocer al tuerto, que era el taute, el que los capita-

neaba, y debe pagar por todos... Ese bien fácil es de conocer, porque está señalado por la mano de Dios... ¡Para que él sea bueno!

—Vamos, pues figúrate que voy á la ciudad, y veo al tuerto, y le conozco, y le digo que me pague, y me dice que no tiene dinero ó que no me debe nada... ¿Qué hago con él?

—Le llevas al Corregidor, que creo que es un señor muy tratable y muy justiciero.

—¡Le llevas!... ¿Y si no quiere ir?

—Si no quiere ir, vas tú solo y le cuentas al Corregidor lo que pasó, con todos los pelos y señales, que no dejará de creerte...

Nada, que al fin no tuvo el pobre Juan más remedio que afeitarse, mudarse la camisa, ponerse la ropa nueva y marchar para la ciudad á cobrar de los estudiantes.

—Mira, vuelve acá—le dijo su mujer cuando iba ya andando;—lleva la capa...

—¿Qué falta me hace?—dijo Juan.

—Sí, hombre, llévala—insistió Dionisia; —es mejor que la lleves: lo uno, porque á la tarde hará frío, y lo otro porque parezcas persona de más respeto, no vaya á creer el señor Corregidor que eres un pelagatos; porque como dice el refrán, «tal te veo, tal te aprecio.»

Volvió Juan como un cordero y se puso la capa, una capa azul buena que, por estar

el color del paño un poco pasado de moda, le regaló al volver del servicio el capitán con quien había estado de asistente.

—Oye—volvió á decirle su mujer después de haber salido otra vez de casa:—cuidado que vayas bien serio, con la cara bien embrunada; porque si te huelen la torta debajo del brazo, ¡á Dios! ya eres hombre perdido.

Llegó el molinero á la ciudad, se cansó de andar calles y callejas, y plazas y plazuelas, y también de ver estudiantes, pero sin conocer á ninguno.

Por fin se le ocurrió preguntar á un *burreño*, que así llaman á los de primer año, dónde vivía un estudiante tuerto que era de hacia la Montaña, y... con éstas y pocas más señas entendió el pipiolo por quién le preguntaban, y con las que él dió en seguida á Juanón, acertó éste con la posada del tuerto, teniendo además la fortuna de encontrarle en ella.

Como quiera que Juan con la capa azul parecía otra cosa, la patrona le dijo al tuerto que allí le llamaba un señor; y el tuerto, sin imaginar que pudiera ser el molinero, dijo que pasara adelante.

Y ya tenemos al tuerto en presencia de Juanón, que le dijo con apariencias de muy enfadado:

—Supongo que recordará usted quién soy y se figurará á lo que vengo...

La primera intención del tuerto de la Serna fué hacerse el desconocido y negarlo todo. Pero tuvo miedo al ver la cara *feroce* que llevaba Juan, y echó por otro lado, diciendo para sus botones:—Este bruto, si le incomodo, es capaz de esgañarme.

—¡Ah! Sí, hombre, mucho—dijo luego en voz alta, con un aire muy campechano. —Tú eres el molinero de Robledo... ¿Qué tal te va, qué tal?

—Bien, ¿y á usted?—le contestó Juanón.

—Bien... ¿Y qué tal tu mujer?... ¡Qué bien guisa! ¡Cuidado que nos puso la otra tarde una merienda que se podía presentar en la mesa del Rey!...

—Por cierto que ustedes no la pagaron, —añadió Juan muy serio.

—Es verdad, que...

—Y además—continuó Juanón,—me hicieron la infamia de engañarme, vendándome los ojos para escapar...

—¡Quiá, hombre! ¡Aquello fué una broma! ¿No ves que estábamos en el tiempo de ellas?... Dice el refrán que por Antruido todo pasa... y ese fué el motivo, y esa es la explicación del chasco... aparente. Lo demás, en pagarte estamos.

—Bueno, pues *mostrad cómo*, que dice el catecismo.

—¡Hombre! Precisamente en este momento no tengo dinero; pero vete tranquilo y estáte seguro de que te pagaremos. Cualquiera día volvemos allá á merendar y lo pagamos todo junto.

—No me fio, ni me marchó sin cobrar. Págueme usted ahora, ó de lo contrario, se viene usted conmigo ahora mismo á ver las barbas al Corregidor.

—Hombre, si te digo que estamos en pagarte... Si no te pago hoy es porque no tengo dinero, y el Corregidor no me lo ha de dar tampoco. ¿Para qué hemos de ir?

—Para que sepa lo que ustedes hicieron conmigo, y para que declare usted allí la deuda...

—Pues lo siento mucho; pero de todos modos, no puedo ir; porque, mira, tenía el manteo roto y está á componer en casa del sastre, y la capa, la verdad, como he andado esta temporada tan mal de dinero, la empeñé el otro día; y así, sin manteo ni capa, no me atrevo á presentarme delante de ese señor, que me conoce de vista y sabe que soy estudiante y...

—Si es por eso—le dijo Juan,—si no lo hace usted más que por no tener capa, póngase usted la mía, que á mí lo mismo me da ir á cuerpo.

—Bueno: entonces, si te empeñas, vamos. Se puso el tuerto la capa de Juan y se

fueron los dos á ver al Corregidor, que los recibió inmediatamente.

Habló primero Juan, haciendo la reclamación de la deuda y contando el suceso que la dió origen.

—¿Qué dice usted á eso?—preguntó luego el Corregidor al estudiante.

—Señor Corregidor—contestó con gran naturalidad el tuerto,—yo conceptúo que este hombre debe de estar loco: le he encontrado en la calle, me ha pedido por favor que entrara aquí con él para servir de testigo, y ahora ya ve usía con lo que sale... diciendo todas esas cosas tan raras... que le debo veinticinco reales de una merienda que tomé en su casa con otros amigos, cuando yo nunca he estado en su casa ni le he visto hasta ahora.

—¿Cómo que no ha estado usted en mi casa?—replicó Juan muy irritado.

—Como que no he estado—decía tranquilamente el tuerto;—ni sé si usted la tiene...

—¿De modo que nada de eso que dice es verdad?—preguntó el Corregidor al tuerto, mientras Juan hacía gestos de asombro y estallaba de ira.

—Nada, señor Corregidor—contestaba el tuerto:—lo dice porque se le antoja... Como si le diera la gana de decir que la capa que llevo puesta es suya...

—¡Y claro que es mía!—dijo Juan, del todo enfurecido.

—Vaya... ¿lo ve usía, señor Corregidor?—dijo el tuerto.—¿Ve usía como este hombre está loco?...

—Así parece—dijo el Corregidor; y llamando á dos alguaciles, mandó llevar al molinero con toda consideración á la cárcel mientras se averiguaba quién era, para entregarle á su familia.

Protestaba Juan, cada vez más fuera de sí, diciendo que él no estaba loco, con lo cual lo ponía peor, porque... lo que decía el tuerto:

—Ya ve usía... lo de todos los locos: todos dicen lo mismo...

Salió Juan del Corregimiento entre corchetes, y conociendo que por el pronto era inútil tratar de defenderse tal como se habían puesto las cosas, ante la perspectiva de pasar por lo menos aquella noche en la cárcel, decidió sosegarse para inspirar confianza á los alguaciles...

No tardó en conseguirlo, y en cuanto ellos se fueron convenciendo de que si estaba loco era un loco muy apacible y le dejaron en relativa libertad, á la vuelta de una esquina echó á correr y les dejó en blanco.

Cuando llegó al molino, todo sofocado y jadeante, le preguntó su mujer lo primero de todo:

—¿Te pagaron?

—¡Sí... á toca teja!...

—Pero ¿qué has hecho de la capa, ahora que me acuerdo?

—Se me quedó el tuerto con ella... y gracias que yo vine.

Después contó á su mujer todo lo que le había pasado, sin exceptuar la manera como se había quedado sin capa, y concluyó diciéndola:

—Te empeñaste en hacerme ir por lana, y he vuelto esquilado.

UNA DEFINICIÓN

El niño mayor de la condesa de Rivas-Altas tenía diez y siete años, y el menor... cuando menos provisionalmente, año y medio. Entre los dos había escalonados otros ocho, número por el cual ya se comprende que tenían que ser menudos los escalones.

La condesa no criaba á sus hijos, porque no tenía naturaleza para ello; pues aunque se la veía gruesa, fresca y hermosa, la estaba acechando la anemia, padecimiento obligado de toda persona elegante, y ¡pobre de ella, de la condesa, el día que se metiera á criar!... Que no se metería, porque el médico la aseguraba que sería un crimen, y no estaba dispuesta la condesa á ser criminal por nada del mundo.

Pero, eso sí, cuidaba solícita de que la substituyese en la primera de las funciones de la maternidad una pasiega, ó una asturiana, ó una vizcaína, sana en todo caso y

robusta y retribuída largamente y mantenida y tratada á «qué quieres, pico».

Tampoco podía encargarse la condesa de la educación de aquellos pedazos de sus entrañas, aunque los quería muchísimo, porque la verdad era que no tenía tiempo. Realmente, á una señora que hace lo que hoy llaman vida de sociedad, no la queda tiempo para nada. Aunque se levante *temprano*, á eso de las once, entre el arreglarse para ir á misa de doce, y la misa, y el almuerzo, y el vestirse para paseo, y el paseo, y la comida, y el vestirse para el teatro, y el teatro y el baile, si le hay... se la va sin sentir el día y aun la noche, sin que la quede ni un cuarto de hora para enseñar el Padrenuestro ó la Salve á sus hijos... Gracias que les pueda dar algún beso de vez en cuando.

Pero sobre este particular de la educación de la familia, descansaba la condesa en las comunidades religiosas. Los padres jesuitas la educaban con esmero los niños, y las madres del Sagrado Corazón la educaban primorosamente las niñas, enseñándolas á bordar la seda y á estropear el castellano, en colaboración esto último con la gramática de la Academia, hasta hacerlas salir diciendo, verbigracia: «A mamá *le* quiero muchísimo»... «A la madre Valenzuela casi no *le* conozco»... Todo porque la gra-

mática de la Academia preceptúa neciamente decir *le* en los dativos femeninos; y como las niñas, igual que las madres y que los académicos, no suelen tener el discernimiento suficiente para distinguir los casos unos de otros, dicen también *le* en los acusativos.

Mas el que la condesa tuviera encomendada la educación de sus niños y sus niñas á los jesuitas y á las monjas, no quitaba que ella también les diera algunos buenos consejos en tiempo de vacaciones, y cuidara sobre todo con exquisito cuidado de conservarles la inocencia.

Para esto tenía prohibido rigurosamente que delante de ellos se hablara de amores, ni de matrimonios, ni de nacimientos, ni de otras muchísimas cosas. Cada vez que se aumentaba la familia, cosa que, como he dicho, sucedía con bastante frecuencia, la condesa tomaba todo género de precauciones para que no se enteraran de nada las pobres criaturas... Papá había encargado un niño á París, á un gran bazar donde vendían muñecos vivos, y estaba ya para llegar de un momento á otro... Luego mamá se había constipado mucho, y no salía de su habitación... Después oían llorar una criatura... Era que acababa de llegar de París el niño encargado, y ya se les presentaba oficialmente. Los venidos de París con ante-

rioridad parecían tragar la bola, y la condesa se quedaba tan satisfecha de su táctica.

El primogénito, que se llamaba Javier como el conde, había concluido el bachillerato en Chamartín, y como se manifestara inclinado á seguir la carrera de Jurisprudencia, le habían enviado á la Universidad de Deusto para que, bajo la dirección y la tutela de los mismos padres jesuitas, continuara instruyéndose libre del contacto maléfico de jóvenes calaveras y llenos de vicios. Tenía, como he dicho, diez y siete años; le apuntaba el bozo, y era ya tan alto como su padre; pero estaba todavía en ayunas de toda malicia. Por lo menos, así lo creía la condesa. Mas ¡ay! que la malicia tiene el hocico tan delgado, que se introduce por cualquier parte.

Seguían á Javier en edad dos niñas preciosas, Luisa y Esperanza, de quince años y medio y de catorce, respectivamente, que estaban en el Sagrado Corazón ignorantes también de todo lo malo.

Javierito acababa de venir de la Universidad, terminado el curso, con las notas de sobresaliente y dos premios.

—Parece mentira—decía el conde á la condesa,—que este chico haya estudiado ya con tanto aprovechamiento todo el Derecho romano, y esté, como dices, tan atrasado de noticias.

—Pues no lo dudes—le contestó ella:—no tiene malicia ninguna; está lo mismo que Luisín.

Luisín era otro hijo de cuatro años y medio.

Un día, estando á la mesa almorzando, el alumno de Deusto se puso á explicar á sus hermanas las colegialas, que también habían salido á vacaciones, lo que era el matrimonio entre los romanos, y las diferencias que existían entre aquella legislación y la nuestra, pasando á hablar con este motivo de nuestra donación esponsalicia, que, cuando por cualquier causa no llegaba á verificarse el matrimonio, se devolvía, si entre los novios no había mediado ósculo.

La condesa, que desde el principio de la explicación estaba ya en brasas, cuando oyó esto del ósculo interrumpió á su hijo, preguntándole:

—Dí, Javierín, ¿cómo fué aquello que me escribiste de cuando estábais en la novena de la Inmaculada y se encendió un pliegue del pabellón con una vela?... ¡Qué susto os llevaríais todos, hijo mío! ¿Verdad?

—Sí, mamá: muchísimo susto...

—Como el que me he llevado yo ahora, —añadía por lo bajo la condesa.

—Verás cómo fué, mamá, verás...—

añadía Javierito, y se ponía á contarle. Poco después, otra niña algo más pequeña preguntaba á su padre qué era el ósculo, y él la tenía que contestar que una moneda antigua.

—¿Y ahora ya no hay esa moneda, papá?

—No, hija mía: ahora ya no pasa...

Otro día estaba la condesa preparándose para salir á paseo, cuando entró en el tocador Luisín, el de los cuatro años y medio, que era un niño precioso, y la dijo:

—Mamá, ¿qué es un ángel?

—Un ángel...—dijo la condesa pausadamente, como tratando de acomodar la definición al infantil entendimiento de su hijo.—Un ángel es una criatura muy hermosa, es... un niño... que vuela.

—¡Y no! ¡Mentirosa! Que me engañas,—la replicó Luisín.

—¿Por qué, hijo mío?... ¡Jesús! Eso no se la dice á mamá, hijo de mi vida... mamá nunca miente...

—Entonces, ¿para qué la dice Javierito á Fermina que es un ángel?—preguntó el niño...

Fermina era la doncella, una morena muy guapa.

La condesa, sobresaltada, volvió á preguntar á Luisín:

—¿Qué la dice, hijo mío; á ver?... ¿Cómo la dice?...

—Mira, verás, mamá. Está allí Javierito junto á Fermina, en el cuarto de la plancha, y la dice: «Te quiero mucho, mucho... hermosa... eres un ángel»... ¿Por qué se lo dice si Fermina no vuela?

—Porque sí, hijo mío, porque... va á volar en seguida...

.....
Y en efecto, despidió á la doncella inmediatamente.

EL RECONOCIMIENTO

La columna carlista de Gómez, que en la primera guerra civil, constantemente perseguida por fuerzas mucho más numerosas, hizo sin contratiempos graves aquella famosa expedición por todo el Reino, que es una de las operaciones militares de más mérito que registra la historia, se dirigía á León, y detrás, á una ó dos jornadas de distancia, iba el numeroso ejército de Espartero.

Perseguidores y perseguidos parecía que andaban jugando á la moria capitoria, como los galanes aquellos de la cosillina inventada para significar el argadillo:

Cuatro galanes
Andan en danza;
Corren y corren...
Nunca se alcanzan.

Así les pasaba á aquellos dos ejércitos: no solían alcanzarse, lo cual para ellos no era malo del todo.

Pero los pueblos, que tenían que contentar á los unos y á los otros, sufrían lo indecible.

Llegaba un día la columna realista; y al llegar pedía raciones, y al marchar pedía bagajes.

Y al día siguiente, cuando el pueblo comenzaba á respirar y á estar á gusto, llegaba la columna liberal, mucho más numerosa, aparte de ser también más aborrecida, y pedía cuatro veces más raciones al llegar y cuatro veces más bagajes al marcharse.

Y no había remedio: los pobres alcaldes tenían que buscar bagajes y raciones por donde pudieran, porque si no... ¡buena la hacían!

Una tarde llegó la columna de Espartero á Villamurada, llamémosla así, á la misma hora próximamente que había llegado dos días antes la de Gómez.

Con mucho trabajo y con grandísima dificultad logró el Ayuntamiento suministrar las raciones necesarias; porque ya se ve que diez mil hombres no se racionan así como quiera en una villa de corto vecindario.

Pero no era ésta la más negra; sino que á la mañana siguiente, el encargado de la brigada de municiones y pertrechos llamó al alcalde y le dijo:

—Para eso de las tres de la tarde, que

será la hora que podremos salir, después de comer y descansar un rato, necesito doscientas caballerías mayores para bagajes, pues las que traigo son de muy lejos, vienen abarrancadas y hay que relevarlas sin remedio.

—¿Doscientas caballerías ha dicho usted?—le replicó el alcalde.

—Sí, señor: doscientas he dicho.

—¿Y dónde voy yo por ellas?

—Donde las haya.

—Pues lo que es aquí es imposible reunir tantas, porque, vamos, materialmente no las hay... Pediré algunas á los pueblos del redor; pero se harán los remolones y no las traerán á tiempo, porque son muy tunos... Si usted me firmara unas órdenes para los alcaldes de esos pueblos exigiéndoselas á rajatabla... á usted le tendrían más miedo y...

—Yo le firmo á usted todo lo que usted quiera, con tal que los bagajes no me falten á la hora que le he dicho... Ya lo sabe usted...

El alcalde se fué á la Casa-Ayuntamiento é hizo al fiel de fechos extender veinte órdenes en los términos más terribles que se le ocurrieron, dejando en blanco el número de caballerías y el nombre del pueblo para ponerlos después más despacio, y volvió con ellas al alojamiento del encar-

gado de la brigada, que se las firmó y selló inmediatamente.

Al tratar luego de llenar los claros, el alcalde de Villamurada discurre de este modo: «Si los pueblos se hacen ronceros y no acuden á tiempo con los bagajes, quien va á pagar la farda es la villa, porque no habrá más remedio que aprontar aquí caballerías de cualquier manera... Pues me parece que, en pago de este riesgo, bien merece quedar libre de escote si los pueblos acuden»...

Y fué y puso diez caballerías á cada pueblo, repartiendo así las doscientas entre los veinte, para que el suyo quedara en el doble de la manta, como suele decirse.

Cuando el alcalde de Vegahonda recibió su orden respectiva, se echó á temblar... y á discurrir la manera de darla cumplimiento.

—¿Dónde encuentro yo ahora diez caballerías disponibles?—se dijo.—Porque las yeguas, como si lo viera, todos me van á decir que están preñadas, aunque no lo estén... El caballo del pisonero... el del cirujano... en último caso el del señor cura... No: lo que es diez, no es posible... Como no mande ir las yeguas, calle y casa á hita, sin escuchar disculpas ni atender á razones... Pero entonces tiene que ir la

mía la primera, porque quedó la corrida el día pasado ahí, en casa del albéitar, mi vecino... Y ahora que digo del albéitar... si ese majadero pudiera servir alguna vez para algo... Voy á ver... voy á ver...

Tras de este discurso íntimo y luego que meditó un poco la cosa, mandó al procurador tocar á concejo, y cuando tuvo reunidos los vecinos les dijo:

—He mandado juntar el concejo porque acabo de recibir este oficio que, como ustedes verán, le pone á cualquiera los pelos de punta. Atiendan ustedes.—Y leyó:

«Ejército expedicionario.—Brigada de municiones.—En el improrrogable término de cuatro horas, y bajo la más estrecha responsabilidad, se servirá usted poner á mi disposición en Villamurada diez caballerías mayores para bagajes, con apercibimiento de que, de no presentarlas á tiempo, será usted sometido á un consejo de guerra como faccioso y juzgado con todo el rigor de la Ordenanza.—Dios guarde á usted muchos años. Villamurada... *etcétera*. (Aquí hay una firma que no se puede leer... me parece que dice *González*, pero lo mismo da.)—Señor alcalde de Vegahonda.»

—Como ven ustedes—continuó diciendo el alcalde,—la cosa es seria, y no hay más remedio que llevar pronto las caballerías que piden...

—Es verdad,—dijeron unos cuantos vecinos.

—¡Buenas chanzas tienen los militares! —añadió alguno.

—No hay más remedio,—dijo otro.

—Bueno: pues no siendo justo—continuó el alcalde—que las yeguas preñadas vayan de bagaje habiéndolas vacías, como las habrá de seguro, las cuales pueden ir perfectamente, porque eso tienen que hacer, y no las viene mal el paseo para que se las quite el vicio... no siendo justo, como digo, mandar de bagaje una yegua preñada, porque es exponerla á abortar y hacer, por consiguiente, á su dueño un flaco servicio, he determinado que se traiga la vecera de las yeguas á la alameda y que una vez ahí rodeadas, el señor veterinario las vaya reconociendo todas, una por una, y diciendo las que están preñadas y las que están vacías, para luego de entre estas últimas enviar de bagaje las que por vez las corresponda...

—Está bien pensado... Muy bien dispuesto,—dijeron algunos vecinos inocentes.

A otros no les dió buena espina la cosa; pero callaron hasta ver en lo que paraba...

—Con que á ver si hay por ahí unos rapaces—añadió el alcalde—que vayan de un pronto á avisar al yegüero para que las traiga... y á ayudarle, porque si no ¿cuán-

do llega él á acabildarlas según estarán de esparcidas?

A la media hora estaban ya las yeguas atropadas en la alameda y casi todo el pueblo reunido allí, unos como interesados en el reconocimiento, y otros como curiosos á ver el milagro... ó lo que resultara.

Luego asomó el albéitar acompañado del alcalde, que le venía diciendo por lo bajo:

—... Ya sabes... Esa rojica que está á la parte de acá con una estrella en la frente, es la mía; aquella negrona paticalzada que se está fregando contra el chopo, es la de mi yerno; esa otra castaña que amusga ahora las orejas contra la tuya, es la de mi cuñado Andrés... Las demás allá tú... Pero no conviene que declares vacías todas las otras, porque parecería mucha casualidad que sólo estuvieran preñadas las nuestras... De suerte que de cuando en cuando, declares preñada alguna más, aunque no sepas de quién es...

Llegaron y empezó en seguida el reconocimiento.

El albéitar se arrimaba á una yegua por el lado izquierdo, la ponía la mano derecha extendida en la parte posterior del vientre, debajo de la falda, y después de unos minutos decía en alta voz y con mucha gravedad: ¡preñada! ó ¡vacía! según los casos.

Al principio todo el mundo guardó cier-

to respeto al acto; pero aquella actitud no duró mucho. Cuando el albéitar reconoció la yegua del tío Marrajo, el cuñado del alcalde, ya quiso haber un poco de riña.

Excusado es decir que la calificación, pronunciada con especial solemnidad, fué la de *preñada!*

—¡Sí, de moscas!—dijo el tío Golondrín muy mal humorado, porque acababa de declararse *vacía* la suya; y añadió con aire provocativo:

—¡Con que no anduvo á la parada!

—¿Y eso qué tiene que ver?—le replicó el tío Marrajo defendiendo la calificación;— ¡puede ser que no se haya visto otra!

—¡Claro que no se ha visto!

—Pues anda, que cuando el *profesor* lo dice...

—Como si lo dijera el perro del ganado.

—Pues, hombre, creo yo que los que lo estudian lo tienen que saber... porque si no lo saben los que lo estudian... ¡lo sabremos tú y yo!... ¿te parece?

—Lo que me parece á mí es que están ustedes hablando de más—dijo el alcalde queriendo cortar aquella disputa peligrosa, tras de lo cual continuó el reconocimiento.

El *facultativo* siguió palpando barrigas de yeguas y diciendo lo primero que se le venía á la boca, *preñada* unas veces, otras

vacía, sin cuidado alguno, puesto que ya estaban á salvo todas las recomendadas, la suya por supuesto, la del alcalde y las de los parientes del alcalde.

Y sucedió que entre un montón de yeguas que se metían unas por otras para demosquear, pues aunque era ya en Septiembre, todavía calentaba el sol de firme, estaba un caballo que tenía el pisonero para llevar las telas á la pisa.

El albéitar reconoció la primera del grupo, calificándola de *vacía*, y pasando adelante sin fijarse, puso la mano en la barriga del caballo...

—¡Chachos!—dijo en voz baja un mozo que lo notó á otros que estaban con él en corrillo;— ¡está reconociendo el caballo del tío pisonero!

—¡Chist! callar, á ver qué dice,—indicó maliciosamente otro.

Y el *profesor*, después de un rato de observación, exclamó solemnemente:

—¡*Preñada!*

Una lluvia de improprios cayó sobre él en el mismo acto.

—¡Animal!

—¡Bruto!

—¡Zopenco!

—¡Burro!

—¡Bárbaro!...

—¡Si es un caballo, bestia!...

Cuando fué cesando el chaparrón, el albéitar, que era bastante desahogado, trató de rehabilitarse echándose á reir y diciendo:

—¡Si fué una broma!... ¡lo dije en chanzas!...

Pero sin dejarle acabar la frase, volvieron á írsele todos encima con otra granizada de insultos.

—¡Pillo!

—¡Bribón!

—¡Tunante!

—¡Querías engañar á la gente y dejar libre la tu yegua y las de los amigos!

—¡Y echar á perder á algún pobre!...

—¡Granuja!

—¡Tramposo!

—¡Tuno!...

Y si no se escabulle por entre las yeguas, hubiera habido más que palabras.

El alcalde, al principio, quiso, por la cuenta que le tenía, sostener el reconocimiento, ó por lo menos la validez de las calificaciones hechas antes de la equivocación; pero no pudo.

La gente se le amotinó y no tuvo más remedio que mandar de bagaje indistintamente las diez primeras yeguas que estaban en turno, empezando por la suya.

ASPERGES

Alborozada de veras había despertado aquel día la noble y olvidada ciudad.

Las campanas de su catedral famosa, las de su vetusta colegiata, las de sus cuatro conventos de monjas y las de sus once iglesias parroquiales repicaban todas á un tiempo.

De los engalanados balcones del Consistorio, de la Diputación y del casino principal no cesaban de salir cohetes hendiendo el aire con prolongado silbido, que iba menguando poco á poco hasta extinguirse; y cuando ya parecía del todo apagado... ¡pum! ¡pum!... dos estampidos uno tras de otro...

¿Qué sucedía?

¡Pues apenas nada!... Que se inauguraba el ferrocarril, el suspirado ferrocarril, agente vivificador, arteria poderosa que había de rejuvenecer con nueva sangre á aquella pobre anciana.